

JOSÉ-CARLOS MAINER

Universidad de Zaragoza

Ernesto Giménez Caballero en la guerra civil: la inmolación del intelectual

Palabras clave: fascismo — nacionalismo español — guerra civil — franquismo.

La biografía intelectual de Ernesto Giménez Caballero se ajusta a un paradigma muy frecuente en el siglo XX: un sucederse de *revelaciones* espirituales —vinculadas a la influencia de los maestros elegidos—, un paulatino desengaño de estos últimos —cuya enseñanza se advierte insuficiente, a la hora de recorrer nuevas singladuras— y una *conversión* final que significa la rendición ante la Verdad suprema y, a la par, aporta un complejo sentido de culpabilidad por los años perdidos. El proceso avanza desde la conciencia de que el raciocinio es suficiente como guía moral hasta la sospecha, y luego certidumbre, de que la razón debe ser sacrificada en aras de la fe¹.

El primer Giménez Caballero fue fundamentalmente un epígono de las aventuras intelectuales españolas de signo nacionalista y liberal, de las que se sintió fidelísimo heredero. De la llamada “generación del 98”, a cuyos manes ofrendaría las *Notas marruecas de un soldado* y aquella novela estrasburguesa, *El fermento*, que nunca llegó a publicar, recibió la inquietud patriótica más crítica y la asunción del problema del país como cuestión personal. De la revelación de Ortega y Gasset tomó su europeísmo combativo, su afirmación idealista y su optimismo de estirpe burguesa y emprendedora, que le inspiraría sus campañas periodísticas de los años veinte y, sobre todo, la fundación de *La Gaceta Literaria*. De Ramón Menéndez Pidal y del Centro de Estudios Históricos quiso hacer suyo el ascetismo investigador y el nacionalismo laborioso. Y, por supuesto, fue también heredero español del espíritu vanguardista posterior a 1900 que hizo de la intuición, el desenfado y la iconoclastia vir-

¹ Un desarrollo más amplio de esta idea en mi artículo “Conversiones. Algunas imágenes del fascismo” que, con un título parecido, se publicó en el libro *La novela en España (siglos XIX–XX)*, ed. P. Aubert, Madrid, Casa de Velázquez, 2001, pp. 175–192, y en versión ampliada en la segunda edición aumentada de mi libro *La doma de Quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España*, Madrid–Frankfurt, Vervuert–Iberoamericana, 2004, pp. 289–327.

tudes fundamentales de la acción intelectual, además de haber emparentado a ésta con un género de origen político —el manifiesto— y con unas fórmulas de signo militar —la escaramuza, el ataque por sorpresa— que todos hicieron propias después de 1918².

En el año clave de 1930, vino la comprobación del fracaso del liberalismo nacionalista —el hundimiento financiero e intelectual de *La Gaceta* fue un síntoma decisivo—, el consecuente desencanto de la República como régimen político de tutela intelectual y, de modo muy revelador, el reencuentro con algunos elementos olvidados de la tradición conservadora que ya aparecieron en las entregas de *El Robinsón Literario de España*: el catolicismo político, la moral empresarial burguesa e incluso las dimensiones más castizas del madrileñismo, lo que se amalgamaba a las significativas distancias que Giménez fue tomando con respecto a elementos indeseables, pero sustanciales, de la modernidad que había sido su referente hasta entonces. En ese último orden de cosas estuvieron su aprensión por lo que entendía como arribismo político del intelectual, su prevención ante el feminismo o su condenación del laicismo³. La obra de 1932, *Genio de España*, consagró su apartamiento de la tradición liberal, o quizá mejor, su superación consciente, visible en las palabras que dedicaba a sus maestros⁴.

² Resumo las líneas maestras de mi introducción “Ernesto Giménez Caballero o la inoportunidad”, en la antología de su obra *Casticismo, nacionalismo y vanguardia*, selección y prólogo de J.-C. Mainer, Madrid, Fundación Santander–Central-Hispano, 2005 (Col. Obra Fundamental), pp. IX–LXVIII.

³ *El Robinsón* consta de seis entregas de *La Gaceta Literaria* (1931–1932), redactadas íntegramente por Giménez Caballero y publicadas también como libro independiente; véanse al respecto los trabajos “La literatura en la diplomacia. Sobre nuestros embajadores que saben escribir” (núm. 1), donde el autor se burla de los nombramientos diplomáticos republicanos; “El enchufista sigiloso” (núm. 2) y “Origen del enchufismo” (núm. 4), sobre la trama de influencias en el nuevo régimen; “Revelaciones nacionales. Estilo jesuita en España” (núm. 4) y “España y Rusia. Loyola y Lenin” (núm. 5), acerca de la modernidad del catolicismo político, y “La feminidad en la República” (núms. 3, 4 y 6), sátira sobre el ascendiente del feminismo. Sobre el *Robinsón*, cf. mi artículo en prensa “Robinsón en el camino de Damasco: el fascismo en *La Gaceta Literaria*”, en el volumen de conjunto que Nigel Dennis ha coordinado sobre la revista de 1927–1932.

⁴ La constancia de esta genealogía intelectual se advierte en la Primera Parte (“Los nietos del 98 (notas a Unamuno)”) y la Segunda Parte (“Los huevos de la Urraca (notas a Ortega)”), de *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional, y del mundo* (1932, pero con ediciones en 1934, 1938 y 1939, que añaden notas e introducciones muy significativas). En el primer apartado, Giménez consigna que “todos los hombres de 1898, están como integrados en ella [la República de 1931]. Unamuno satisface su religión laica. Valle-Inclán, su afán de tesoros. Baroja, sus figuras masónicas e intrigantes. Azorín, su entusiasmo por Francia. Benavente, su mordacidad por lo equívoco. Maeztu, su placer de ver embajadores a sus compañeros de bohemia [...]. Causa asombro —y a veces asco— contemplar a tanta fiera espiritual, como eran esas almas españolas, casi profesionales del grito, ahora sosegadas, adormiladas y beneplácitas, tumbadas a la sombra de la Historia española, sin más afán que el tristemente burgués, de consolidar, ahorrar y perdurar” (*Genio de España*, Madrid, Ediciones Fe, 1939, pp. 41–42). En la Segunda Parte, el análisis de *España invertebrada*, de Ortega, resulta lo más revelador: en el librito orteguiano hay una “zona de lo oscuro” (las observaciones sobre la decadencia, las hipótesis racistas...) y otra de “lo claro”, o prefascista, a la que corresponden el anhelo de romanidad, el cesarismo..., aunque Ortega se empiece en negar las consecuencias autoritarias de sus premisas (*ibidem*, pp. 54–76).

El fascismo español, en las fechas claves de 1933–1935, lo hallaremos siempre a la sombra de la contrarreforma reaccionaria y al propio Giménez Caballero, que pasa estos años de incertidumbre en las páginas de *Informaciones*, de Juan March, en una ardorosa defensa de las clases medias y de las asociaciones patronales, o confesando su profundo horror retrospectivo por las quemas de conventos de 1931. Y, de hecho, buena parte de sus obras posteriores a 1933 continuaron —pero también rectificaron— las tendencias originarias del autor. *El Belén de Salzillo en Murcia* (1935) perseveraba en la brillante senda de una antropología nacionalista, pero sin los atrevimientos laicistas del lejano ensayo *Los toros, las castañuelas y la Virgen*, o del más cercano texto sobre “San José”, que publicó *Revista de Occidente* en 1930. En plena guerra civil, *El vidente* (1939) fue un homenaje al tribuno reaccionario Donoso Cortés y una revisión del siglo XIX, tan zaherido por la vanguardia, en la que, si bien persiste la burla del liberalismo doméstico, se rescatan los valores de la intransigencia (por supuesto, el folleto tuvo que ver con la revisión sentimental de la centuria en textos paralelos de Agustín de Foxá y Rafael Sánchez Mazas, y también con la revisión del ultramontanismo decimonónico que habían defendido —en la línea de *Action Française*— Eugenio Montes y Eugenio Vegas Latapié). Y con la guerra civil ya ganada (y en marcha la segunda de las mundiales), otros dos sintomáticos folletos solemnizaron el corte de todo vínculo moral con la Europa liberal: *¡Hay Pirineos! Notas de un alférez de la IV de Navarra sobre la conquista de Port-Bou* (1939) y *¡Despierta Inglaterra! Mensaje a Lord Holland* (1943)⁵.

El poco conocido folleto *Exaltación del matrimonio. Diálogos de amor entre Laura y don Juan* (que conoció cierta fortuna italiana)⁶, ejemplifica

⁵ El autor piensa que Francia ha sido la permanente tentación intelectual de España y, a la vez, la peor enemiga de su grandeza. Al final de *¡Hay Pirineos!*, Giménez amonesta a unos soldados que confraternizan en Port-Bou con unas muchachas francesas: “Estáis haciendo lo mismo que hizo la generación pasada, y la otra, y la otra, y la otra de España... La mujer en casa y la amiguita, de París. La religión en casa. Y para la calle, la cultura francesa; la política inglesa, laica... ¡Bobos! ¡Viejos! [...]. Así venció Francia a nuestro Imperio antiguo! Una mujer francesa se introdujo en el lecho de Felipe III, y desde entonces hasta el mismísimo Azaña, corrompido en París, España no ha sabido hacer con los Pirineos, con Francia, más que eso que aquí pone: «irse con ella a reposar». ¡Fuera de aquí!” (*¡Hay Pirineos! Notas de un alférez de la IV de Navarra sobre la conquista de Port-Bou*, Barcelona, Editora Nacional, 1939, p. 86). De Gran Bretaña, escribe que, pese a las intenciones de Churchill, “Inglaterra ha dejado de ser libre, de ser isla. No sólo por la aviación y los ataques submarinos, sino porque los soldados de América han desembarcado ya en sus peñascos. Y los banqueros judíos en sus bancos; y los rusos en las entrañas de sus obreros” (*¡Despierta Inglaterra! Mensaje a Lord Holland*, Madrid, Ediciones Toledo, 1943, p. 20).

⁶ Como reza su introducción, el texto “fue predicado por mí en lengua toscana, la pasada primavera, al cerrar el Ciclo Internacional del *Maggio Fiorentino*, ante la magna e histórica sala de los Doscientos, Palacio Viejo de la Señoría, Florencia [...]. Universales voces ya se habían oído en ese Ciclo Internacional: Papini, Thomas Mann, Stephan Zweig (*sic*), Pirandello, Paul Morand, Keyserling, Chesterton, Emil Ludwig, Merejowski [...]. Insisto en llamar *Sermón* de Amores a lo que allí pronuncié, porque no podía calificarlo de *Conferencia* o de *Ensayo* sobre el amor. La *Conferencia* y el *Ensayo* son géneros demoliberales, parisienses o anglosajones. No van con nuestro genio apologetico, exaltador, catolicista [...]. La revista de Roma, *Antieuropa*, al publicar

con claridad meridiana el drástico corte con el mundo intelectual que había sido el suyo. Defender para el texto la condición de “sermón”, en vez de “ensayo” o “conferencia”, géneros burgueses y dubitativos, fue una ocurrencia que Giménez acuñó hacia 1930 y a lo que fue fiel hasta el final, consciente de cuánto le apartaba de Unamuno, Azorín u Ortega. Pero aquí su ruptura llega más lejos: el texto cierra contra Dante, Petrarca y el humanismo entero, al hacerlo más pormenorizadamente contra su paisano León Hebreo, que escribió en el siglo XVI sus *Dialoghi d'amore* para traernos el perverso regalo de “la esencia idealista de las *Eneadas* de Plotino, las casuísticas más finas de los trovadores provenzales, los ardores más sutiles de la cábala judaica, las dulzuras mejores del *dolce stil nuovo* y toda la experiencia atormentada del *amor intelectualis* (sic) que Dante y Petrarca realizaron en esta tierra”⁷. A su entender, Laura, la amada de Petrarca, fue una invención tan bella como paralizadora de la voluntad: una “mujer fatal, Greta Garbo del Renacimiento”. Y, en el fondo, hubieron de ser españoles los que mejor supieron tratarla, a través de las otras amadas que crearon a imagen y semejanza del modelo itálico: Juan Boscán, que se casó con ella; Ramón Llull, que se desesperó por su muerte; Garcilaso de la Vega, que seguramente fingió sus extremos eróticos. Y, sobre todo, don Juan, la creación literaria que es el “antipetrarquista esencial”, más cercano al ideal semítico de ver a la hembra como “hurí o jumento”, además de “vengador de todos los amantes desdeñados por Laura”, y profundo pensador cuya doctrina “viene a ser para el problema moral del sexo lo que Galileo para la física o Erasmo para la crítica de textos: un revolucionario, un individualista a ultranza, un genio de libertad”⁸. Para Giménez Caballero, el ideal femenino del futuro habrá de estar inserto en la tradición española que ha exaltado siempre la belleza castísima de la Purísima Concepción, la imagen arrolladora de don Juan y, al cabo, la heroica domesticidad de la Sagrada Familia. Porque es el fruto del Hijo lo que trasciende la coyunda ideal de los donjuanes y las Lauras por ser aquello en lo que nunca pensaron ni unos ni otras. Una paternidad que alcanza la dimensión suprema cuando el Hijo es ofrecido a la Patria por sus progenitores. Matrimonio y Fecundidad: he ahí la consigna que Mussolini hizo suya, al decir de Giménez Caballero. Quien apareció como un presunto “violador de Italia” fue quien, al cabo, la desposó en el sagrado altar de Roma y ahora, ya con “las sienes plateadas, viene ya ese hombre que de amante ha pasado a padre, a patriarca de todo un pueblo”⁹.

Giménez deseaba someter a prueba su nuevo estado espiritual y la contienda de 1936 vino a ser un regalo de la Providencia: en la lista de los libros inéditos que se ha mencionado más arriba, hay también unos *Cantos de la*

este libro en edición italiana, ha aceptado tal denominación para él” (*Exaltación del matrimonio. Diálogos de amor entre Laura y don Juan*, s.l., 1936, pp 9–10).

⁷ *Ibidem*, p. 18.

⁸ *Ibidem*, p. 75.

⁹ *Ibidem*, p. 113.

guerra civil, anteriores al estallido del conflicto, cuyo equívoco título quizá fue inspirado por aquel peligroso concepto de “guerra civil de los espíritus” que Unamuno echó a rodar en los apasionantes días de su conflicto personal entre el liberalismo idealista y el chato pragmatismo de la Restauración, desde 1906 a 1923. Pero Giménez no era un liberal sino un fascista. No hablaba, como Unamuno, de pública discusión de ideas sino de eliminación de contradictores. Sin embargo, no era el único animado de tal espíritu y, en todo caso, su situación personal en la Salamanca de 1936 (tras huir de Madrid disfrazado con una peluca rubia, ayudado por su dentista) no debió ser fácil, aunque sus *Memorias de un dictador* apenas dan pistas útiles al respecto de esos días. A la fecha del 18 de julio de 1936, su relación con Falange era de ruptura manifiesta y seguramente se hallaba más cerca de otros grupos insurgentes. El estallido de la sublevación mejoró las cosas, con una Falange descabezada y no demasiado exigente con las numerosas altas de afiliados, pero era difícil, si no imposible, ser un Goebbels, sobre todo si se estaba al lado de un militar ignorante, desequilibrado y vanidoso como Millán Astray. Y es fácil conjeturar que la decisión de Giménez de convertirse en el más veterano de la academia de los alféreces provisionales fue, más que una iluminación sacrificial, una salida honrosa para quien debió salir bastante escaldado de los sucesos salmantinos de 1937, anteriores y posteriores a la Unificación de la que fue, como veremos, un defensor ardoroso (Dionisio Ridruejo le salvó la vida, según escribió éste en sus memorias y nadie ha desmentido)¹⁰.

Este tramo postrero supuso la abdicación final del personaje de cuanto todavía pudiera preservar de independencia intelectual. No obstante, es obvio que no la deseaba y que inmolaba sus escasos restos, no ya en aras de la ideología fascista, ni en la búsqueda de un nacionalismo que integrara y superara estadios anteriores de elaboración, sino ante los opacos manes del Arrepentimiento y la Obediencia. Y en acatamiento ciego de un líder de la manada. Los penosos folletos, muy pocas veces citados, sobre los que quiero llamar la atención en estas páginas fueron, sin duda, las actas del suicidio moral de un intelectual que fue valioso y que se ofrecía en sacrificio a lo que había abrazado como su causa. El primero, *La Falange hecha hombre ¡conquista el Estado!* (1937), dice algo, aunque nada explícito, de sus dificultades de abril de 1937. Los otros dos, *España y Franco* (1938) y *Camisa azul*

¹⁰ “El grupo duro de las milicias, que formaba con los falangistas reticentes, decidió que había que hacer un escarmiento y planearon asesinar al escritor. Lo supe a tiempo, y arrastrando conmigo a Agustín de Foxá, tuvimos con los intencionales homicidas una larga sesión persuasiva en la que no dejamos de alegar ni un solo argumento de principio ni una sola razón de conveniencia [...]. Es posible que Giménez Caballero no llegase siquiera a enterarse del riesgo que había sufrido, porque la verdad es que no dejó en sus afanes publicitarios” (*Casi unas memorias*, ed. C.A. Gómez, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 156–158). El aludido, tan satisfecho siempre de sí mismo, recoge por extenso el párrafo en sus *Memorias de un dictador*, Barcelona, Planeta, 1979, pp. 96–98.

y *boina colorada* (1939), son los dos únicos “fascículos doctrinales” que yo conozco de los que hizo imprimir como anejos de su periódico de trinchera *Los Combatientes*, bajo el lema de “Fe y Acción”.

La Falange hecha hombre ¡conquista el Estado! es un texto escrito desde la experiencia de un superviviente pero también de un elegido. O quizá mejor, del vetusto bardo de la tribu que recuerda las leyendas originarias —que todos saben— al amor del fuego: “Cuando Dios me ha protegido la vida, es porque quiere ahora exigirme que yo recuerde toda la historia e ímpetu de la Falange y se los precise ahora al resto de los camaradas que los desconocieron o los malconocieron”. Pero, en puridad, lo que pretende es establecer *otra narración* de las cosas, que —en primer lugar— elimine de la crónica todo nexo con la intelectualidad liberal (su verdadero punto de partida), asegure su lugar personal en la gestación del movimiento y, por último, lo identifique con el mando militar que se había afianzado a lo largo de ese año capital de 1937, con el Decreto de Unificación.

Por eso, en la secuencia de los hechos no se menciona *La Gaceta Literaria* ni, menos todavía, la delatora “Carta...” de 1928, y los orígenes del fascismo español se solventan con la mención de “muy pocos jóvenes españoles, Rafael Sánchez Mazas, Eugenio Montes, Juan Aparicio y yo”, y todo parece comenzar con la fundación de *La Conquista del Estado*, alzada frente “aquella bárbara marea del 14 de abril”. Se deja claro que José Antonio Primo de Rivera no fue un convidado de primera hora y se recuerda que fue Julio Ruiz de Alda quien lo trajo a las nuevas filas: “Hay «alguien» (magnífico, insoñable) que se decide a actuar y asumir el movimiento”. Era “un alma joven, fina, selecta, culta, que lograrse arrancar a la juventud universitaria de sus rediles masónicos y fueístas, para conducirlo a una moral de lucha y de combate, frente a la moral intelectual de la República”¹¹. Y allí empezó “la época de la propaganda, del asalto a las lunas del SEPU, del aceite ricino, de los estacazos en las calles, de los primeros mártires”, aunque muy pronto las circunstancias históricas y la victoria del Frente Popular cancelaron aquel breve mediodía heroico. En 1936 tenía que ser el Ejército quien se hiciese cargo de la rebelión organizada, cuando “ya no se trataba de romper lunas a los judíos, ni atentar contra un marxista aislado, ni una Casa del Pueblo”¹². Y de un modo natural, el 19 de abril de 1937 “aparecía la Falange en un decreto —¡en la ley!— unida a todo el país, uniendo a sus dos gloriosos apellidos, de las dos etapas anteriores y preliminares: este nuevo, integrador y asumidor de toda la guerra nacional: tradicionalista”. Y ponía a su frente a un general, “no a un joven jefe civil”¹³. De ahí que “el pueblo, el combatiente, ha encontrado el nuevo grito integrador: ¡somos requetéfalangistas!”¹⁴.

¹¹ *La Falange —hecha hombre— ¡conquista el Estado!*, Salamanca, 1937, pp. 6–8.

¹² *Ibidem*, p. 10.

¹³ *Ibidem*, pp. 11–12.

¹⁴ *Ibidem*, p. 14.

La figura de Franco es la desembocadura natural de todo. Es el Jefe indiscutible y no debió ser casualidad que la voz Falange haya significado originariamente (antes que “grupo de combate”), porra con la que golpear. Franco no ostenta sable, como los militares de los pronunciamientos decimonónicos, y “sólo se le ve en el bolsillo de la guerrera, una pequeña varita negra y plateada: la estilográfica. He aquí su bastón de mando, su vara mágica, su porra, su *falanx* incomparable. Un rasgueo de esa estilográfica sobre un papel es superior en energía y voluntad a la porra, al fusil, a la ametralladora y al cañón mejor disparados”¹⁵.

Este nuevo *Übermensch* burocratizado fue el objeto monográfico del segundo de los folletos, *España y Franco*. Como el anterior, lo encabeza una breve reflexión sobre su circunstancia, que ahora se centra el momento bélico en que se redactó. El 14 de abril de 1938 —que el calendario quiso que coincidiera con el Viernes Santo de aquel año— las tropas franquistas habían llegado desde el Bajo Aragón hasta el Mediterráneo, cortando en dos el territorio republicano. La guerra parecía terminada, pero la paralela ofensiva contra Cataluña y Valencia fue detenida por el gobierno legítimo e incluso hubo vigorosos contraataques republicanos en Balaguer y en Teruel, a lo largo del mes de mayo. Giménez pensaba que España aún no merecía la paz: “¿Ibas tú, España, a ser capaz de mantener en la Paz la tensión militar de obediencia, de abnegación, de disciplina que exige esta prueba a la que Dios te viene sometiendo durante dos años?”¹⁶. Era patente que tres siglos de errores históricos requerían una dieta condigna de sufrimientos. En ese largo tiempo, España no había sabido remediarse “con el emplasto de una monarquía ilustrada, a la francesa, en el siglo XVIII. Después en el XIX, con sus parlamentos y constituciones, a la inglesa. Y con pronunciamientos a la mejicana. O, como luego, en el siglo XX, trayéndonos de los laboratorios y casas de moda europeas panaceas y recetas culturales, que terminaron el desastre del 14 de abril”¹⁷. Lo que la providencia acaba de dar al país requería una preparación espiritual larga, porque “fascismo, nazismo, falangismo son regímenes totalitarios en tanto que *todos* —las masas jerarquizadas— se subsumen en UNO. Que esto significan etimológicamente CAUDILLO (cabeza), DUCE (ductor), FÜHRER (guiador)”¹⁸. Y en esa circunstancia, hay que empezar por aceptar que un jefe no es la encarnación de un sueño colectivo, sino la imposición de un modelo de vida: “Nosotros somos los que debemos aspirar a Él. Y no Él a nosotros”¹⁹.

Los nuevos jefes tienen algo de magnético en su gesto: “Mussolini tiene su secreto en la mirada y en la forma de emproar la mandíbula [...].

¹⁵ *España y Franco*, Ediciones “Los combatientes”, s.l., 1938 (Fascículo Doctrinal núm. 1), p. 12.

¹⁶ *Ibidem*, p. 7.

¹⁷ *Ibidem*, p. 9.

¹⁸ *Ibidem*, p. 14.

¹⁹ *Ibidem*, p. 16.

Hitler es —plásticamente— sus recortados bigotes y tupé oblicuo, los cuales, bajo la gorra militar, le dan un aire entre marcial y popular, entre doctoral y solemne”. Franco, en cambio, tiene como signo distintivo la sonrisa, que es “su más profundo secreto”: “La sonrisa de Franco tiene algo de manto de la Virgen tendido sobre los pecadores. Tiene ternura paternal y maternal a la vez”²⁰. ¿Cómo pudo ser que Manuel Machado primero y Giménez después enaltecieran la mueca estereotipada de un hombre que fue la negación de la gallardía y cuya visible falta de espontaneidad denunciaba su carácter receloso y su culto obstinado al ordenancismo y la rutina? Puede que, en el caso del hombre medroso y débil que fue Manuel Machado, aquel endecasílabo que remataba el famoso soneto que apareció en la *Antología poética del Alzamiento*, compilada en Cádiz por José Villén (“la sonrisa de Franco resplandece”), tuviera más de imagen propiciatoria de un deseo que de otra cosa; en el de Giménez, como denota el último párrafo transcrito, la observación se entroncaba con la creencia, entre religiosa y telúrica, del Dictador-Padre, del *Urvater*, que aquel desequilibrado deseaba con ardor y que alcanzó una formulación delirante en las frases finales del folleto: “¿Quién se ha metido en las entrañas de España como Franco hasta el punto de no saber hoy si España es Franco o Franco es España? ¡Oh Franco, Caudillo nuestro, padre de España! ¡Adelante! ¡Adelante!”²¹.

En la consubstanciación propuesta, la misión de las masas no podía ser otra que subalterna. Y en las temerosas vísperas de un estallido europeo, Giménez Caballero las formuló con una irresponsabilidad profética. Tanto los rojos como los azules, una vez sometidos todos al mando del jefe, no deben aspirar al bienestar material, ni al regreso a la vida ordinaria, porque “el mejor salario para la masa no es el hablarle de salario sino de botín, en una guerra imperial en la que todos entren”²². El tercer folleto, *Camisa azul y boina colorada* (1939), publicado bajo el revelador lema “máximo de deberes, mínimo de derechos”, y dedicado a la memoria de José Antonio, no deja lugar a dudas respecto al papel que toca a los nuevos súbditos, que serán reconocibles como tales por la anhelada uniformidad de su atuendo. En gran medida, el texto que cito deriva de otro muy curioso, “Trajes y modas de nuestra guerra civil” (*Vértice*, 18, noviembre de 1938), que comenté con cierta extensión en otro lugar²³. Lo que allí era un delirante reportaje sobre la variedad de uniformes de las milicias franquistas y sobre las peculiaridades de vestuario de algunos generales, aquí se centra en la historia y análisis de las dos prendas del uniforme propuesto para la nueva España: la camisa azul falangista y la boina roja tradicionalista. Lo que, a su vez, desarrolla una secuencia de conjeturas

²⁰ *Ibidem*, pp. 23–24.

²¹ *Ibidem*, p. 31.

²² *Ibidem*, p. 28.

²³ “La construcción de Franco: primeros años”, en: *Materiales para una iconografía de Francisco Franco*, coord. V. Sánchez Biosca, *Archivos de la Filmoteca*, 42–43, octubre 2002–febrero 2003, I, pp. 27–46.

antropológicas —a veces, brillantes ocurrencias— acerca de ambas prendas. Es indudable que el sueño de Giménez aspira a un país uniformado que, por el camino, ha desechado la chaqueta, sucedáneo de la decimonónica levita, al igual que la corbata, “dogal” que enmascara la simple nobleza de la camisa, el pantalón y el sombrero abogadescos y burgueses: una vez más, lo militar se presenta como la culminación de la vida colectiva.

En las primeras páginas del folleto, Giménez se atribuye la invención de la camisa azul —azul grisácea, hasta que José Antonio prefirió el azul mahón definitivo— y lo vincula a una visita a Orihuela, en el otoño de 1931, con ocasión de un homenaje a Gabriel Miró al que le invitaron los redactores de *El Gallo Crisis*, comandado por el malogrado “Ramón Sijé”, cuya significación fascistoide queda así más que ratificada. Pero el recuerdo de aquellas andanzas de juventud, cuando todavía convivían con mayor o menor armonía el nacionalismo de signo liberal y el fascista, resulta negado, unas líneas más abajo, en dos párrafos contundentes. De buena parte de los jonsistas escribe que “en rigor, lo que nosotros llamábamos fascismo era una serie de reóforos marxistas donde interpolábamos retóricamente la palabra «España» o la palabra «Imperio». En el fondo, teníamos la misma superstición ateneísta por el pueblo y el mismo desprecio por las derechas que nuestros presuntos adversarios, los comunistas. Estábamos hechos un pequeño lío, la verdad”²⁴. No es frecuente en un fascista tan explícita palinodia, cuando casi todos los fascismos añoraron, en su declive, el presunto radicalismo de sus orígenes y su inmunidad a cualquier pacto con el reaccionarismo. El sueño de inocencia de Giménez es otro, sin embargo, y va más allá de la época en la que vivió, presentándose como una requisitoria final contra la modernidad: “Soñaba ya entonces nuestra camisa con un paisaje sin rascacielos ni telefónicas, sin tanto taxi ni tanto escaparate de libros rusos y franceses. Sin Dehesas de la Villa, con mondaduras de naranja y periódicos rotos y manchas de grasa y orgánulos. Y sin parejas de amor libre y en libertad tirados bajo las encinas de El Pardo”²⁵.

Era evidente que aquel intelectual moderno, convertido en reaccionario, sabía que mentía. Pero aunque, en más de un momento, debió de sugestionarse con su propio masoquismo, no debemos engañarnos: resulta inevitable la sospecha de que, detrás de tanto autosacrificio, anidaba el viejo designio de ser recompensado. No hay una escenificación de Canossa, por más que sea tan patética como esta, que no tenga detrás la posibilidad de un reparto de botín. Pero aquí es difícil saber qué resulta más abyecto: si la prosa histrionica que expresa la inmolación o la condición de fámulo consejero a la que aspiraba Giménez Caballero. Y que, por cierto, nunca obtuvo.

²⁴ *Camisa azul y boina colorada*, Madrid, Ediciones “Los Combatientes” (Talleres Gráficos de E. Giménez), 1939 (Fascículos Doctrinales núm. 2), p. 23.

²⁵ *Ibidem*, p. 24.

Key words: fascism — the Spanish nationalism — the civil war — the Franco regime.

Ernesto Giménez Caballero in the time of civil war: the sacrifice of an intellectual

Abstract

Ernesto Giménez Caballero, the intellectual originator of Spanish fascism, understood this movement as a nationalistic culmination of liberal thought. The republican experience led him however to move away from the above mentioned guidelines and to get closer to a more reactionary tradition. This process and also the obsession concerning the political organization that was based on one person's dictatorship is seen in his three brochures edited during the civil war. They are analyzed in the following article in the light of the mentioned ideological evolution of their author.

Translated by Anna Jezierska